

MARÍA SÁNCHEZ MENA
LA MALA UVA



Primera edición.

La mala uva.

© 2023, María Sánchez Mena.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Víctor J. Sanz

© Diseño de portada e interiores: Nuria Medina

© Imágenes portada: Depositphotos

Impreso en España.

ISBN: 9788412597103

Depósito Legal: A 3- 2023

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

*Pertenezco al lugar que acuna y
me devuelve los primeros recuerdos,
a la gente que me reconoce y arropa
sin preguntar dónde he estado.*

ESCENARIO:

Un pueblo extremeño

PERSONAJES:

Hermanos Romero (Isabel, Alfonso, Marta, Manuel)

Amaro Andrade (novio de Marta)

Alejandro (hijo de Isabel)

Ricardo (exnovio de Isabel)

Papasito y Bonita (empleados familia Romero)

ÍNDICE

TIEMPO UNO

1.-Isabel (Volver)	15
2.-Isabel (Calmachicha)	25
3.-Isabel (Tierras vivas)	31
4.-Isabel (En el pueblo).....	45
5.-Alfonso (Nada es fácil).....	51
6.-Alejandro (Hijo único).....	59
7.-Isabel (En el hospital).....	65
8.-Manuel (Todo se puede lograr).....	69
9.-Isabel (A la espera de noticias).....	75
10.-Alfonso (El orden de las cosas).....	79
11.-Isabel (Se trata de negocios).....	81
12.-Alfonso (Entre hermanos).....	89
13.-Alejandro (La llamada).....	93
14.-Marta (Yo lo sé).....	97
15.-Isabel (Las decisiones).....	103
16.-Alfonso (Se avecina tormenta).....	107
17.-Papasito (Mientras tanto)	111
18.-Isabel (Sorpresas te da la vida).....	117
19.-Marta (¿Por qué lo has hecho?)	129
20.-Alejandro (Ahora no)	131

TIEMPO DOS

21.-Marta (Peldaño de papel)	137
22.-Alfonso (Esperando la bronca).....	143
23.-Manuel (La familia de uno mismo).....	145

24.-Isabel (No ha pasado nada)	151
25.-Papasito (Buscando a Amaro).....	153
26.-Alfonso (Todo va bien)	157
27.-Isabel (Otra vez juntos).....	161
28.-Papasito (Por fin de vuelta)	165
29.-Isabel (Recuerdos de madre).....	169
30.-Marta (Salir de aquí)	177
31.-Manuel (Las labores cotidianas)	181
32.-Isabel (Aprovechando el tiempo)	191
33.-Manuel (Volviendo a la finca)	199
34.-Papasito (Con ella en casa).....	203
35.-Isabel (Secuencia de desaciertos)	209
36.-Marta (Pasó la tormenta).....	215
37.-Isabel (Recuerdos)	221
38.-Manuel (Paso a paso)	223
39.-Alfonso (Una leve melancolía).....	229
40.-Papasito (Un caos fenomenal)	233
41.-Isabel (Todo puede empeorar).....	235
42.-Alfonso (Al fin en área de descanso)	245
43.-Isabel (Al otro lado de la cama)	251
44.-Manuel (De higos a brevas).....	253

TIEMPO TRES

45.-Isabel (Colombo no ha estado aquí)	267
46.-Alejandro (Independentismo de alta gama)	271
47.-Manuel y Alejandro (Dos comidas y un atracón)	275
48.-Isabel (Por fin lunes)	283
49.-Alfonso (Razones de peso)	289
50.-Marta (Las cosas del querer)	295
51.-Alfonso (Versos)	303
52.-Alejandro (Parece que fue ayer).....	309
53.-Alfonso (Lo que faltaba para el duro).....	319

54.-Isabel (Todo el paisaje por visitar).....	329
55.-Marta (La vida no es de color de rosa)	347
56.-Isabel (Cuando el río suena)	353
57.-Alfonso (Dios da mocos a quien no tiene pañuelo).....	359
58.-Isabel (Desabrochando palabras)	365
59.-Amaro (Vivir de pie)	369
60.-Álex (Estar o no estar no deja de ser una cuestión de suerte) ..	373
61.-Isabel (Nunca es tarde).....	379
62.-Alfonso (Quién te ha visto y quién te ve)	383
63.-Marta (No hay mal que por bien no venga)	393
64.-Manuel (Quien con niños se acuesta...)	401
65.-Isabel (Sorpresas te da la vida).....	411
66.-Manuel (Lazos del corazón)	419
67.-Isabel, Amaro, Alfonso y Manuel (A cuatro bandas).....	423
68.-Manuel (Decir adiós)	445

TIEMPO CUATRO

69.-Isabel (Esto tiene que terminar)	455
70.-Ricardo (Borrar el pasado)	465
71.-Papasito (No por mucho madrugar...)	475
72.-Isabel (¿Quién es amaro andrade?)	481
73.-Manuel (Reinventar el futuro)	505
74.-Amaro (La historia no puede repetirse)	517
75.-Isabel (Mas noticias inesperadas)	521
76.-Manuel (Sobresaltos).....	525
77.-Alfonso - Isabel (Cómo tirar de la manta)	531
78.-Amaro (La mala uva)	543
79.-Alfonso (Secuencias para un final incierto)	553
80.-Isabel (Esto pasa de castaño oscuro).....	569
81.-Isabel (Así que pasen unos años).....	581

Agradecimientos	585
-----------------------	-----



TIEMPO UNO



ISABEL

(VOLVER)

Leo un proyecto de libro que trata sobre la suerte: la buena y la menos buena (la mala no se nombra). Comienza así: «Nunca fui el objeto caprichoso de los designios de la diosa Fortuna. Acato, resignado, que la buena suerte me toque levemente; siempre lo hace camuflada y a destiempo, por lo que el resultado es tan efímero que no llega a impregnarme de su beneficio ni altera mi acostumbrado orden. Sin embargo, la menos buena de las suertes se instala en mi sillón con la valentía y el descaro del desalmado que prefiere pedir perdón antes que reclamar el permiso».

El párrafo forma parte de un manual de autoayuda que me tiene en un sinvivir desde que me propusieron, más bien impusieron, ilustrar sus páginas. No me inspira nada por el momento; es más, me deprime la falta de carácter y ese lagrimeo continuo y glotón del protagonista. Voy a tener que tirar de la transpiración para terminar el dichoso encargo, a menos que me declare oficialmente desierta de musas.

Dejo el manual sobre un asiento del tren que he tomado para regresar al pueblo donde nací en Badajoz, Don Llorente, después de cuatro años de sentida ausencia. Son casi las nueve de la mañana de este luminoso y adorable día de verano. He decidido aparcar mi coche y recuperar las sensaciones de un

viaje en ferrocarril. Tengo hambre de nostalgia y paisajes antiguos; ganas de abrazar a Marta y Alfonso, mis dos hermanos menores. A Manuel, el mayor, solo le saludaré. Confieso que también siento un poco de desazón ante mi visita y sus causas.

Todo vino rodado y fue así: hace un mes, llamó Loles, mi prima favorita y extraviada compañera del alma, para decirme que veía muy rara a mi hermana y que debería darme una vuelta por allí sin mucho tardar. Ella casi nunca se equivoca y, a pesar de que es una rareza trifásica —Alocada, Adivina y Antipática—, da en el clavo la mayoría de las veces. Posee una facilidad innata que le permite adaptar su carácter dependiendo de quién tenga enfrente y muta de divertida a antisocial en segundos. Sin filtros. Yo adoro su sonrisa y su abrazo infantil porque solo los dedica a los que ama incondicionalmente. Marta y yo somos dos de esas pocas personas afortunadas.

Después de trasladarme sus fatales sensaciones sobre el estado de mi hermana, me confesó con tristeza que no nos veríamos en esta ocasión. «Me asfixio, Isabel, tengo que salir de la monotonía de este pueblo. Me he enrolado en una ONG y me largo a Uganda como asistente social, ya nos veremos a mi vuelta». Y me dejó con la incógnita y la zozobra sin más explicaciones y ningún remordimiento por su parte.

Dos días después, cuando ya había tomado la decisión de venir al pueblo, una llamada de mi querido hermano Alfonso requiriendo mi presencia en una importante reunión familiar para «hablar de negocios» me obligó a poner fecha al viaje y a subirme hoy en este tren corto y casi vacío.

Retomo el manual y leo su contraportada: «Cuatro historias para desarrollar tu fortaleza emocional, dos pares de sentidas fábulas que te harán ver la realidad del potencial no empleado de la mente...». Puff. Detesto los libros de autoayuda. Pienso

que son una engañifa bien instrumentada y repetitiva que atrae a lectores que buscan, las más de las veces en momentos delicados, reconfortarse escuchando lo que es obvio. Se trata de poner nombres a las cosas y entretener los oídos.

Cuatro historias, cuatro estaciones, cuatro hermanos, cuatro vagones... Divago pensando en este número que me persigue allá donde voy. La ciencia de la numerología asegura que simboliza la estabilidad y el orden, pero para mí siempre significó un suspenso. Su tímida y triste figura se asemeja a una silla volteada, una forma geométrica sin gracia: un ángulo de noventa grados que un iluminado encerró con un palito vertical por capricho. Odio el número cuatro.

Ante la falta de motivación para el trabajo y la provocación del citado cardinal, abro mi cuaderno de dibujo y mis dedos comienzan a verter siluetas, figuras recurrentes: mis tres hermanos. Marta, con casi cuarenta años, redondita en sus formas, pero no gruesa —«siempre me han sobrado cuatro kilos»—, y de estatura media, cabello ondulado natural y castaño. Su rostro transmite confianza, con esos ojos grandes color almendra tostada que matizan su luz según prevalezca la alegría o la tristeza. La dibujo en *modo recién embarazada*. Alfonso, cinco años mayor que Marta: guapo, moreno, impecable, estiloso y muy alto. Le toca el turno a Manuel, mi hermano mayor y el más bajito de todos. El peor, también. Va a cumplir los cincuenta. Desde que le recuerdo es igual de pequeño (en todos los sentidos).

Y ahora me toca a mí: me automofo cuando me dibujo, parezco más la novia de Popeye que yo misma. Diremos que soy *espigada* y que mis facciones son una mezcla anárquica, pero, al fin y al cabo, armoniosa.

El tren, que ha ido desacelerando muy poco a poco, se ha detenido en un apeadero. Creo que está acumulando retraso. La

megafonía nos ignora. Pasado su buen cuarto de hora, reanudamos la marcha de forma brusca. Miro mi reloj y compruebo que son las once de la mañana, ¡dos horas para poco más de cien kilómetros desde Madrid! Ahora entiendo el porqué de tan pocos viajeros en el vagón.

Observo la estampa familiar ya acabada en el cuaderno. Alfonso y yo compartiendo el centro, flanqueados por la pequeña y el mayor. Leí que nacer en los puestos intermedios puede conllevar un carácter de eterno secundario, como si fueses la loncha de queso de un sándwich o la refrita y tiesa rodaja de beicon de un bocadillo de morcilla. En fin, que eres puro relleno. Los papeles protagonistas se reservan a las estrellas de los extremos, infinitamente mejor ubicadas y con peso específico en una familia. Por todos es sabido que nacer el primero otorga caché y confiere primogenitura, y el último se apropia de los mimos y la protección de los mayores que, lejos de pronunciar su nombre, le inventarán un diminutivo capaz de pervivir hasta la edad adulta. A los del medio, los ignorados, más conocidos como los del batiburrillo, nos reservan el ingenioso papel de ser carabina del primero y/o criada del último. Esto es así. Una ley no escrita.

—¿Me enseña su billete, por favor? —me pide un empleado de Renfe, interrumpiendo mi soliloquio mental—. Deberá hacer transbordo en Mérida —me advierte—, para este pueblo no hay directos.

—Y ¿cuánto tiempo tardaremos en llegar a Mérida?

—Cuatro horas, señora.

Cuando la megafonía anuncia una nueva parada, me hago la solemne promesa de no volver a Extremadura vía ferrocarril. Suena mi móvil. Es mi hermana, que pregunta a qué hora tengo prevista la llegada.

—Yo a las doce, cariño, pero por lo que escucho, este tren tiene vida propia, además de un transbordo en Mérida. No te preocupes, que os telefono cuando vaya acercándome.

Insiste en avisar a mi hermano Alfonso para que me recoja. Marta está siempre pendiente intentando ayudar. Es responsable de despertar en mí un afecto maternal temprano, alimentado por las ausencias de los padres, siempre tan ocupados. Está aterrizada por sus próximos cuarenta años —«ya soy una vieja», repite—, y está embarazada por primera vez de Amaro, su pareja desde hace tres años, un tipo encantador, al menos en la distancia, y al que todavía no conozco personalmente. «Me muero de miedo, Isa», me traslada continuamente.

Debido a mi trabajo, viajo con mucha frecuencia y eso hace imposible que nos veamos más asiduamente. Desde la última vez, en mi casa de Madrid, hace ya casi un año. Los wasaps forman parte de nuestra relación cotidiana. A veces necesito oír su voz y le telefono, y entonces ella me suelta eso de «cuéntamelo todo, hermana» para a continuación no dejarme hablar con su indomable retahíla de «sucesos importantes». Creo que es mi única debilidad, mi talón de Aquiles, por así decirlo. Es tan frágil, tan confiada, tan buena gente que logra que emane de mí una ternura constante, solo sentida y superada con Alejandro, mi hijo, en un periodo que me sorprendió por lo breve y que desapareció sin avisar para convertirse en otro sentimiento menos protector. «Con los chicos es lo que pasa», solía decir mi madre.

Cuando Marta me confesó que se había enamorado de un gallego-catalán guaperas, ocho años mayor que ella y, al parecer, de buena familia, yo estaba trabajando en Londres. La decisión de vivir juntos tan pronto me resultó, tratándose de mi hermana, una decisión muy apresurada. Desde que la conozco

sus movimientos siempre habían sido largamente meditados. ¿Qué le había pasado esta vez?

—La cafetería está abierta por si desean tomar algo —escucho anunciar al revisor desde la puerta de entrada al vagón.

Decido ir, ¿por qué no? Recorro el pasillo mientras soy zaran-deada por el traqueteo más que apreciable del convoy. Una vez allí, me distraigo mirando a través de la ventanilla ese paisaje añorado de olivos y peñas que me devuelve los colores antiguos de los domingos en familia; el olor a merienda de pan con chocolate, y aquellas tardes granas de siestas eternas, atrapando libélulas bajo el amenazante vuelo de las avispas; juegos, a veces crueles, que te hacían crecer para no ser arrollada por tu inocencia.

¡Cómo añoro los abrazos deseados y siempre certeros de mis padres, con esa recién aprendida tarea de ser referentes en nuestra crianza! Cómo entiendo ahora sus miedos trasladados sin medida, que nos atravesaban como dardos lanzados con pasión, y su determinación de dirigir nuestros futuros para protegernos del porvenir. ¡Todo queda ahora tan lejos!

Suena el móvil de nuevo. Esta vez es Alfonso. Ya sabe lo de mi aventura en tren y se ofrece a recogerme en la estación de Mérida.

—Te está esperando un buen vino de Tierras Vivas, hermana. Y no te desesperes —exclama riendo la ocurrencia de mi aventura.

Tierras Vivas es la finca familiar que compró José Romero, mi padre, cuando todavía se la conocía con un nombre bastante menos alegre, Tierras Muertas. Su amada tierra sin agua. Lo hizo a escondidas de mi madre y lo presentó a la familia como algo consumado. Luego supimos que el trato estuvo compuesto de varias aristas, algunas de pura compraventa y otras de trueque. Los detalles siempre se negó a desvelarlos.

—Ese terreno, ni regalado vale una peseta —decía madre—. Todo el cariño que le tienes es perdido porque esto —señalaba la

arena roja— no te va a devolver ni una poca de la buena sangre que pones en ella.

—¡No seas así, mujer! ¡Ha sido un buen negocio, de otra forma no hubiese podido cobrarme las deudas! —se defendía mi padre—. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Entender qué, José? No me cuentas de la misa la media, no sé nada de esos dineros que te deben los Barro. Esa familia gratis no da ni los buenos días, ¿ya no recuerdas lo mal que lo pasaron con lo del hijo pequeño?, ¿y lo fatal que se portaron con nosotros sin tener nada que ver en todo lo que ocurrió? Como si hubiésemos sido los responsables de la patada de aquel caballo de mala sangre. Y mira la nena —se refería a Marta—, cuánto sintió la muerte de ese noviete y lo que le costó remontar aquel padecimiento. ¡Pobre niña! Y nunca más nos ha presentado otro mozo, que la pobre mía se nos va a quedar para vestir santos sin comerlo ni beberlo... —Y así seguía relatando, sin darse cuenta de que él ya había desconectado de la sempiterna letanía.

La fijación de mi padre por esa finca, enclavada en las enaguas del monte bajo de la Sierra de las Cruces y muy cerca de la ermita, provenía de sus recuerdos de infancia: el médico le prescribía, cada verano, respirar su aire benéfico cargado de olores a chaparra y acebuches. Idolatraba ese paisaje sin obstáculos, teñido de espinos de fuego y lavándula; una llana y lisa estampa que permite divisar desde su falda una acuarela de colores salpicada por manchas difusas ocres y marrones de promontorios, iglesias o históricos castillos. Ellos guarecen pueblos bendecidos con días de azules intensos y fantásticos santuarios nocturnos cuajados de estrellas. Don José Romero amaba esa estampa.

Años más tarde, la transformó en un lugar para el descanso y la oxigenación. Mis hermanos desarrollaron el negocio y lo auparon hasta darle la categoría de Turismo de Salud, convirtiendo la pasión de mi padre en un lucrativo negocio. Ahora en esa finca

se alza el hotel rural que Marta dirige junto a Amaro, su novio, bajo los auspicios del omnipresente primogénito.

—Lo llamaremos Tierras Vivas, y aquí nacerá el primer vino de Bodegas Romero. —Reía mi padre con el firme convencimiento de que algún día lograría sacar lo mejor de aquel terreno seco. Y entusiasmado proclamaba—: Esta tierra es pobre, pero tiene luz, tiene esperanza, tiene...

—Pinchos, José, tiene pinchos y cardos que te matan las rodillas —insistía mi madre, escéptica.

El tren vuelve a aminorar la marcha. Pregunto al camarero en qué punto del camino nos encontramos. No tiene ni idea, pero contesta con un «creo que vamos a parar para dejar paso a otro tren».

Veinte minutos de espera hasta que un estruendo llena el espacio y aparece un tren de mercancías cargado de automóviles que, finalmente, nos rebasa y permite que continuemos la marcha. Un hombre con sombrero, de mediana edad, me mira resoplando en un gesto que interpreto como «ya podemos seguir». Tiene un ligero parecido físico con mi hermano Manuel, el recto, el hombrecito de la casa, dos años mayor que yo y la mano derecha de mi padre. Siempre con ese rictus de preocupación que le hace hablar por encima de él mismo. Vive acomplejado por su metro sesenta y poco y destila un aire de suficiencia que le merma de manera gradual hasta convertirle en alguien pequeño, desconfiado y dueño de un enorme complejo de inferioridad que calma ejerciendo el desprecio por lo que más quiere o necesita. No puedo soportar el desdén con el que trata a María, su mujer y mi única cuñada.

Alfonso, el tercero, vino al mundo a los cuatro años de nacer Manuel y, como un cometa, describió una órbita física y emocional muy alejada de su hermano. Alto y apuesto, es una calcomanía, una continuación reencarnada del tío Miguel, el

mayor y único hermano de nuestra madre, fallecido prematuramente «a causa de una depresión» a los veintidós años. «Tenía un corazón muy grande y nunca le entendieron», nos contaban sin profundizar.

Alfonso es mi hermano preferido y mi gran apoyo. Me entusiasma estar con él y observar sus grandes y expresivos ojos negros, su frente despejada y medida hasta el perfecto nacimiento de un abundante y liso cabello. Posee una mirada limpia de sinceridad heredada. Esos ojos solo se enturbian con algún gesto sombrío cuando supone que no es observado. Alegre y a veces reservado, inteligente y curioso hasta la extenuación. A sus casi cuarenta y seis años y en contra de todas las predicciones, permanece cepillado de amores y con muchas experiencias fugaces.

Con gran estruendo de traviesas de madera y hierro, el tren vuelve a detenerse por séptima vez. Por megafonía escucho que, debido a problemas en el tramo Navalmodal de la Mata-Monfragüe, la dirección de Renfe ha decidido poner un servicio de autobuses, por lo que nos piden que recojamos nuestro equipaje y abandonemos la nave antes de que se hunda definitivamente.



ISABEL

(CALMACHICHA)

Alfonso está esperando en la dársena de la estación de autobuses, y cuando me ve agita su brazo en alto a la manera de siempre: blandiendo los dedos en forma de abanico. Me arropa abrazándome toda entera mientras el olor a su colonia preferida inunda mi aire. Sonríe con esa mueca de satisfacción tan evidente y me dice:

—Estas guapísima, hermana, vaya paliza tendrás en el cuerpo con el viajecito en ese cachivache; que tienes unas ideas...

A Alfonso lo veo una o dos veces al año. Él viaja a Madrid con cualquier excusa de trabajo o placer y procura que coincida con mis estancias en la capital para, al menos, comer juntos. Nunca hablamos de lo que pasó hace más de veinte años para no levantar a los demonios que aparecen cuando removemos el pasado.

—Sabes que tenemos que hablar los cuatro, hay que hacer cambios importantes en la finca —dice mientras conduce su llamativo y cuidado capricho de coche, biplaza, amarillo y muy caro, evitando mirarme a los ojos.

—Ya lo sé. Bueno, me armaré de paciencia. Ya sabes que no podré soportar al presuntuoso de Manuel, aunque entiendo que ahora me necesita y cuidará los modales.

—Vamos a estar todos, Isabel, no pienses que te vamos a lanzar al foso de los leones sin intentar calmar los ánimos. El

pasado debe ser eso, pasado. Tienes que olvidar los malos rollos, hermana.

—¿Tú podrías hacerlo? ¡Qué fácil es para vosotros pasar página!

—No es fácil para nadie, Isa, pero tenemos que seguir juntos. Yo trabajo con él y Marta también, aunque de otra manera. Al fin y al cabo, tú te largaste; ya sabes que no ha sido fácil convivir con todo ese lastre. —Y me mira contrariado y cargado de razones para que deje la conversación tantas veces repetida.

Aun así, insisto:

—Cuando asistí al entierro de madre hice de tripas corazón para aguantar el tipo.

—Isa, creo que todo se nos fue de las manos, te lo he dicho en multitud de ocasiones. De aquello hace mucho tiempo. Las heridas se cierran, hermana, debemos seguir adelante. Antes todo era más fácil, ¿no crees?

—Sí. Hasta que pasó lo que pasó —exclamo malhumorada y con ganas de llegar a nuestro destino y bajarme del vehículo que me mantiene atada a la conversación—. En realidad, es más cómodo pensar que nunca ocurrió, que no vi nada, o que a mí se me fue la cabeza y no es tan importante, ¿verdad?

—Déjalo, te pones muy tensa siempre que sale el tema y quiero que estés relajada. Hace tantos años que no tenemos la oportunidad de estar algunos días juntos que sería una pena desaprovecharlo dándole vueltas a algo que ya no podemos cambiar, ¿no te parece?

Me callo. Es cierto que me he prometido a mí misma no ahondar en los dolorosos motivos de mi autoexilio y sus causas. Tenemos que tratar temas importantes y debo mantener la cabeza fría.

Llegamos a la casa grande donde sigue viviendo Alfonso, la casa de los padres, de los abuelos, de nuestra infancia... Temo

cruzar el umbral de los recuerdos porque sé que dentro habitan monstruos que no he podido dominar del todo. Las imágenes se amontonan en mi cabeza, fluyendo a borbotones, desordenadas y carentes de dolor. Solo las personas. El olor a madre. La presencia de padre cuando volvía de la finca y desde el umbral y abriendo el postigo lanzaba su personal silbido en dos tiempos: el primero de aviso y el segundo largo y redondo, que finalizaba cuando alguno de nosotros asomábamos la carita por el pasillo y corríamos a encontrarnos con él. Le ofrecíamos nuestras manos y nos encaramábamos encima de sus zapatos para que nos llevase en volandas pasillo adentro. Al llegar a la cocina, nos aupaba en sus brazos y decía a mi madre: «¡Mira lo que me he encontrado en la calle! ¿Nos la quedamos o la devolvemos?».

—Coge la habitación que prefieras —me indica Alfonso, interrumpiendo mis pensamientos—. Si no te apetece dormir en alguna de ellas, no te cortes y me lo cuentas. Quiero que te sientas bien, hermana, como antes, como cuando éramos bajitos e ignorantes.

Y me asomo a la que siempre fue mía. Allí están mi cama y mi escritorio, el que padre mandó que me hiciesen siguiendo mi dibujo infantil, y el armario lacado, vacío de ropa y lleno de cosas que olvidé llevarme y que ahora, tocándolas, me sorprendo echando de menos. ¿Cómo he podido vivir sin estos discos que en un tiempo ya lejano no dejaban de aporrearne los oídos, adornando las largas tardes de verano con poderosas imágenes de mis idolatrados héroes de la música?

Recorro la casa en silencio y me dirijo a la estancia que conserva el pequeño ultramarino del abuelo y que fue el germen de los negocios de la familia. Alfonso lo conserva intacto. Camino entre sus estanterías vacías y los cajones que antes sirvieron para albergar todo tipo de producto que se expendiera a granel. El

mostrador con su báscula inmaculada y debajo, el cajón donde revoloteaban todas las manos, creyéndose dueñas del dinero que generaba el trabajo de unos pocos.

—Deja de mirarlo, hermana —me dice Alfonso al sorprenderme abriéndolo.

—¿Por qué piensas todavía que me lo inventé todo?

—No irás a empezar de nuevo, ¿verdad?

—Es un capítulo sin cerrar, Alfonso. Yo vi cómo Manuel sacaba el dinero para pagar esa lotería. Era un dinero de la familia. ¿No comprendes lo distinto que hubiese sido todo si el premio se hubiera repartido?

—Siempre te he dado la razón, Isa. Tal vez la de tu hermano mayor no fue la mejor manera de actuar, pero él siempre dijo que el dinero lo devolvió al cajón por la tarde, sin saber nada del sorteo.

—¡Sigues siendo tan inocente como siempre! Ese no devolvió ni las gracias cuando le tocó el premio gordo. Además, ¿qué tiene que ver que lo devolviese o no? Que fuera él quien comprase la lotería no justifica que se apropiase del premio. Él vivía, como los demás, de lo que se ingresaba. Ninguno tenía un sueldo aparte. Todos comíamos del mismo puchero. No tenía ningún derecho a adueñarse de la pasta. Debió repartirse, lo compartíamos todo en aquella época. Si lo hubiese entregado, padre tendría la finca que comprometió con la fianza y que tuvo que comerse con patatas porque no le llegó el crédito. Mientras, tu hermano andaba calladito sin soltar prenda de los millones que le habían caído con el especial del cupón de los ciegos: un porrón de dinero en unos años donde la liquidez de la familia andaba por los suelos. Tú recuerdas cómo nos enteramos, ¿verdad?

—Isabel, por favor, no lo repitas más.

—Hay que hablar las cosas para que os enteréis de dónde está el mal.

—Hablas como si demonizases a todo el mundo.

—Solo a él, no te confundas. Seguíis engañados por ese listo que, no contento con mentir, se ha convertido en el mandamás de los negocios, como si solo él pudiese controlarlo todo.

—¡Ya está bien, hermana! —me interrumpe Alfonso.

Me agarra fuerte del brazo y tira de mí con prisa para que salgamos de la estancia. Me lleva al patio y comenzamos a subir los peldaños hacia la azotea. Desde ahí divisamos todo el pueblo y se percibe la sierra. Me abraza y me dice al oído:

—Te echo mucho de menos, Isa. Tienes que venir más a tu casa.